

# LAS HIJAS PERDIDAS

A stylized, high-contrast black and white illustration of a grand, classical-style building. The structure features a prominent portico with several tall, slender columns. Above the portico, there are multiple levels of arched windows and a central tower with a pointed roof. The building is rendered in a minimalist, graphic style with solid black shapes and white cutouts.

*Las hijas perdidas*

Título original: *The Broken Girls*

© Simone St James, 2018

© de la traducción: Emilio Vadillo

© de esta edición: Libros de Seda, S. L.  
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta  
28036 Madrid  
[www.librosdeseda.com](http://www.librosdeseda.com)  
[www.facebook.com/librosdeseda](http://www.facebook.com/librosdeseda)  
[@librosdeseda](https://www.instagram.com/librosdeseda)  
[info@librosdeseda.com](mailto:info@librosdeseda.com)

Diseño de cubierta: © Sarah Oberrender; Penguin Random House

Adaptación y diseño de la cubierta para la edición española:

Rasgo Audaz, Sdad. Coop.

Maquetación: Rasgo Audaz, Sdad. Coop.

Imágenes de cubierta: : ©Alexandre Cappellari/Arcangel Images

(casa encantada); ©Mohamad Itani/Arcangel Images (cristal roto).

Primera edición: junio de 2019

Depósito legal: M-17878-2019

ISBN: 978-84-17626-01-3

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)).

SIMONE ST. JAMES

LAS  
HIJAS  
PERDIDAS



Libros de  
*seda*



*Este libro está dedicado a mi madre,  
la mayor heroína de mi vida.*

*Te quiero, mamá.*



# PRÓLOGO

*Barrons, Vermont*  
*Noviembre de 1950*

El sol se escondía en el horizonte al tiempo que la chica llegaba al punto más elevado de la carretera de Old Barrons. Ya se estaba haciendo de noche y todavía le quedaban más de cuatro kilómetros de camino.

El color del cielo empezó a tornarse púrpura y azulado, oscuro y frío. No resultaba fácil distinguir los detalles, pues todo se volvía borroso, como si fuera cubriéndose de una capa de humo. Con los ojos entrecerrados, la chica volvió la vista hacia la cuesta por la que había ascendido, de modo que la brisa atravesó con facilidad el delgado tejido que le cubría el cuello. Le revolvió el pelo. No había nadie detrás, al menos que ella pudiera ver.

No obstante, pensó que debía ir más rápido.

Bajó la colina bastante deprisa. Sus gruesos zapatos escolares arrancaban piedrecillas del camino, que estaba en mal estado. Para mantener el equilibrio pese a los tropiezos, movía las largas piernas como un potrillo recién nacido. Había crecido bastante últimamente, por lo que la falda gris era algo corta: le quedaba por encima de las rodillas. Pero a ese respecto no había nada que hacer. Llevaba la falda del uniforme en la maleta, que no paraba de golpear contra sus pantorrillas. Pronto podría volver a ponérsela.

«Si tengo suerte».

«¡Déjalo ya, estúpida! ¡Estúpida!».

«¡Mas deprisa!».

Notaba la palma de la mano sudada por donde sujetaba el asa de la maleta. Había estado a punto de caérsele al tirar de ella mientras se bajaba a toda prisa del autobús. Al mirar hacia la ventana, se había dado cuenta de que estaba sudando por las axilas y por la espalda.

—¿Va todo bien? —le había preguntado el conductor.

Probablemente, la expresión de tedio de la chica le había sacado de su aburrimiento.

—Sí, sí, gracias —le contestó, dedicándole una sonrisa desmayada y despidiéndose con un gesto de la mano al darse la vuelta.

La maleta le golpeaba en las rodillas, como si avanzara por las aceras de una ciudad llena de gente, y no por el maltrecho pavimento de aquel camino que a alguien se le había ocurrido llamar «del Norte». Las sombras se habían alargado. Cuando oyó que la puerta del autobús se cerraba, volvió la cabeza para ver como se alejaba.

No se había bajado nadie más. Solo se oía el ruido de las suelas de sus propios zapatos y el graznido lejano de un cuervo.

Estaba sola.

Nadie la había seguido.

Todavía no.

Llegó a la parte más baja de la carretera de Old Barrons, jadeando. Tenía prisa. Se obligó a mirar hacia delante en todo momento. Mirar para atrás sería tentar a la suerte. Estaba segura de que, si solo miraba hacia delante, todo iría bien.

Sintió que el viento frío congelaba el sudor de su cuerpo. Se inclinó hacia delante: tenía que darse aún más prisa. Si tomaba el atajo por los árboles, trazaría una diagonal casi exacta que la conduciría al campo de deporte. Tal vez allí se encontraría con alguien que fuera de camino al edificio de los dormitorios. Sería un trayecto más corto que el que había escogido, que rodeaba el bosque hasta llegar a la entrada principal de Idlewild Hall. Pero, claro, eso implicaría no tomar por la carretera. Tendría que ir a través del bosque y avanzar en la oscuridad. Podría perderse.

No sabía qué hacer.

El corazón parecía temblarle en el pecho. No obstante, enseguida recuperó el latido habitual. Siempre que hacía un esfuerzo físico le pasaba lo mismo. Era igual que cuando sentía miedo. Y ahora le pasaban esas dos cosas. Durante unos instantes que se le hicieron eternos, se quedó con la mente en blanco. No era capaz de pensar. El cuerpo todavía no le funcionaba del todo bien. Ya había cumplido quince años, pero aún tenía los



pechos pequeños y solo hacía un año que le había venido la regla por vez primera. Se lo había dicho el médico: aquellos retrasos podían ser efectos secundarios de la desnutrición.

—Eres joven y te recuperarás —le había dicho con tono animoso—, aunque todavía hay un demonio en el cuerpo.

Aquella frase retumbó en su interior durante un tiempo e interrumpió el hilo de sus pensamientos: «Un demonio en el cuerpo». No dejaba de tener su gracia. Era algo negativo y pesimista, pero tenía su gracia. Cuando sus parientes le preguntaron qué le había dicho el médico, les contestó que «en su opinión, tenía un demonio en el cuerpo». Como la miraron sin saber cómo tomarse aquella frase, dijo algo para contrarrestar su efecto, algo que sonara más reconfortante:

—Al menos no he perdido ningún diente.

Inmediatamente, dejaron de mirarla. Esos norteamericanos no tenían la menor idea sobre lo importante que era mantener la dentadura intacta. Después de pensar en eso, se tranquilizó.

Ya estaba más cerca de la verja principal de Idlewild Hall. Sus recuerdos se movían dispersos, sin rumbo fijo. Había olvidado el nombre de la mitad de las compañeras con las que había vivido, pero recordaba perfectamente la ilustración de la portada del antiguo *Blackie's Girls' Annual* que había encontrado en una de las estanterías del dormitorio. Era de una chica con un vestido de cintura baja, típico de la década de 1920. Paseaba a un perro jugueteón por la ladera de una colina, haciendo pantalla con la mano para protegerse del sol. El viento le había alborotado el pelo. Había observado tantas veces esa ilustración que a veces soñaba con ella. Incluso en ese momento, podía recordar todos los detalles. Le fascinaba su inocencia. Le maravillaba la blancura inmaculada de aquella chica, capaz de pasear tranquilamente con su perro sin pensar en médicos, ni en dientes, ni en heridas, ni en costras, ni en ninguna de todas las cosas horribles que había enterrado en su cerebro y que, de vez en cuando, reaparecían. Eran como pompas de jabón que salían a la superficie antes de estallar y desvanecerse en la oscuridad.

No oyó ningún ruido delante de ella, pero supo que estaba allí. A pesar del viento que se colaba en sus oídos y del ruido de sus propios pasos, había un murmullo que lo anunciaba: un susurro al que debía estar atenta.

Entonces, cuando volvió la cabeza y notó un chasquido de protesta en el cuello, vio aquella figura. Coronó el montículo por el que acababa de pasar y avanzó rápidamente hacia ella.

«No. He sido la única que se ha bajado del autobús. No había nadie más», se dijo a sí misma.

Pero lo sabía. Claro que lo sabía. Por supuesto.

Por eso había empezado a andar mucho más deprisa. Por eso sintió los nudillos y el mentón entumecidos por el frío. Comenzó a trotar. La maleta le golpeó en la pierna y casi se le cae de la mano. Pestañeó con fuerza, intentando aguzar la vista en la creciente oscuridad, procurando fijarse en los detalles. ¿Estaba cerca? ¿Cuánto le faltaba? ¿Podría llegar?

Volvió a mirar atrás. Entre la niebla de la oscuridad, vio una falda larga y blanca, una cintura y unos hombros estrechos, el suave balanceo de un pañuelo negro, que, movido por el viento, cubría su rostro. La figura estaba más cerca, por lo que los detalles parecían más claros. A pesar de que no corría, de que solo avanzaba caminando, estaba cada vez más cerca. El pañuelo le tapaba la cara, pero estaba segura de que la estaba observando: la mirada fija en ella.

Presa del pánico, cambió bruscamente de dirección: dejó la carretera y se internó en el bosque, entre los árboles. No había camino alguno, así que avanzó despacio entre los densos arbustos y la maleza que le pinchaba las piernas a través de las medias. Casi de inmediato, la carretera desapareció de su vista. Trató de orientarse siguiendo una línea recta hacia el campo de deporte. El terreno era muy irregular, por lo que tenía que ir despacio. Empezó a sudarle la espalda. La tela de la blusa se le pegó al cuerpo. Era de algodón y barata. Cada vez le pesaba más la maleta: la soltó inmediatamente para poder avanzar más deprisa a través del bosque. No oía otra cosa que el áspero chirrido de su propio aliento.

Se torció el tobillo: un dolor agudo le recorrió toda la pierna, pero no paró de correr. Perdió las horquillas con las que se sujetaba el pelo y se arañó las palmas de las manos cuando se apartó unas ramas de la cara. Aun así, no se detuvo. Al cabo de poco, delante de ella apareció la vieja valla que rodeaba Idlewild, llena de raíces y rota por mucha partes: era fácil de atravesar. A su espalda, ningún sonido. Y, sin embargo, allí estaba.

«Mary Hand, Mary Hand, muerta y enterrada en algún lugar».

«Más deprisa, más deprisa. No dejes que te atrape. Dirá que quiere ser tu amiga...».

A escasos metros, los árboles empezaban a ser menos gruesos; la luz perlada de la media luna iluminaba el claro del campo de deporte.

«¡No permitas que vuelva a entrar!».

Le ardían los pulmones y se le escapó un sollozo desde la garganta. No estaba preparada. ¡No, no lo estaba! A pesar de todo lo que le había ocurrido..., quizá por eso. La sangre bullía en su interior. Su maltratado cuerpo aún era capaz de correr para ponerse a salvo.

En un instante de pura clarividencia, supo que todo era por nada.

Siempre había sabido que los monstruos eran reales.

Y estaban allí.

La chica volvió la cabeza hacia la oscuridad y gritó.



# CAPÍTULO 1

*Barrons, Vermont*  
*Noviembre de 2014*

De repente, el estridente ruido del teléfono móvil despertó a Fiona. Estaba dormitando en el asiento, pero, inmediatamente, se inclinó hacia delante y agarró con fuerza el volante. Miró la negrura tras el parabrisas.

Pestañeó y enfocó la mirada. ¿De verdad se había quedado dormida? Había aparcado en el arcén de gravilla de la carretera de Old Barrons. Su objetivo, quedarse sentada en un silencio absoluto y pensar. Supuso que se había dejado llevar.

El teléfono volvió a sonar. Se restregó los ojos rápidamente y miró en dirección al ruido. Estaba sobre el asiento del pasajero, allí donde lo había dejado. La pantalla brillaba en la oscuridad con el nombre de Jamie y la hora: las tres de la mañana. Si hubiera seguido con vida, justo aquel día, Deb habría cumplido cuarenta años.

Finalmente, agarró el teléfono y contestó.

—Jamie —dijo.

La voz que le llegó sonaba baja y ronca. Parecía de alguien que se acababa de despertar

—Me he despertado y te habías ido —dijo con un tono acusador.

—No podía dormir.

—¿Y te has marchado? ¡Por el amor de Dios, Fee! ¿Dónde estás?

Abrió la puerta del automóvil y sacó las piernas para sentir el aire fresco de la noche. Debía de estar enfadado, pero no podía hacer nada al respecto.

—Estoy en la carretera de Old Barrons, justo en la falda de la colina, estacionada en el arcén.

Jamie no dijo nada durante un momento. Supo en lo que estaba pensando: el cumpleaños de Deb.

—Fee...

—Solo pensaba ir a casa. De verdad.

Salió del automóvil y se puso de pie. Las piernas, agarrotadas, protestaron. El viento frío la despertó del todo y le alborotó el pelo. Avanzó unos pasos hasta el borde de la carretera y miró a un lado y al otro. Metió la mano libre en el bolsillo del abrigo cortavientos. Mirando hacia la zona por donde había llegado, vio un cartel indicador que señalaba la distancia a Burlington: 50 kilómetros. En lo alto de la colina se distinguían las tenues luces de una gasolinera abierta las veinticuatro horas. Más allá de la colina, fuera del alcance de la vista, estaba la intersección con la carretera Norte. Por allí había un montón de restaurantes de comida rápida, otra gasolinera y un par de grandes superficies. En la otra dirección solo había oscuridad, como si a la carretera de Old Barrons se la tragara la tierra.

—No tenías por qué irte a casa —decía Jamie.

—Ya lo sé —replicó Fiona—. Pero me sentía inquieta y no quería despertarte. Así pues, salí y me puse a conducir, pero me dio por pensar.

Suspiró. Podía imaginárselo tumbándose en la cama, apoyando un codo en la almohada, con la vieja camiseta y los calzoncillos *boxer*, con los músculos del antebrazo flexionados mientras se pasaba la mano por los ojos. Su turno empezaba las seis y media. Y era cierto: había intentado no despertarlo.

—¿Pensar en qué?

—Empecé a preguntarme cuánto tráfico habría en la carretera de Old Barrons durante la madrugada. Ya sabes... Si alguien deja el automóvil en la cuneta, ¿cuánto tardaría cualquier otra persona en pasar y darse cuenta de que hay un vehículo abandonado, sin nadie dentro? Los polis siempre dicen que era imposible que Tim Christopher hubiera dejado su vehículo aquí durante tanto tiempo, sin que nadie lo viera. Pero lo cierto es que nunca lo comprobaron, ¿no?

Y ahí estaba de nuevo, esa maldad, ese demonio que se asomaba a la superficie y tomaba la palabra. Eso que tanto luchaba por mantener alejado. Conforme se acercaba el cumpleaños de Deb, la idea le había estado rondando durante días. Había intentado no hacer caso y olvidarse del

asunto, pero esa noche, incapaz de conciliar el sueño, no había podido contener aquellos pensamientos.

—Eso no está bien, Fee, no es sano —dijo Jamie—. Lo sabes. Oye, sé que piensas mucho en tu hermana. Sé cuánto la echas de menos. Pero ir a Idlewild... Eso ya es demasiado.

—Lo sé —admitió Fiona—. Ya sé que hemos pasado antes por esto. Sé lo que me decía mi terapeuta. Sé que han pasado veinte años. Te juro que he intentado no obsesionarme. —Procuró que su voz no sonara suplicante, pero no lo logró—. Solo te pido que me escuches, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —concedió él—. Dispara.

Tragó saliva antes de hablar.

—Llegué aquí y me detuve en la cuneta, al borde de la carretera. He estado sentada durante... —miró el reloj— treinta minutos. ¡Treinta minutos, Jamie! Y no ha pasado ningún vehículo, ni uno solo. —Según sus cálculos, llevaba allí unos cuarenta y cinco minutos, pero seguramente debía de haber dormido alrededor de un cuarto de hora, por lo que no podía tener en cuenta ese tiempo—. Así pues, pudo dejar el automóvil y hacerlo. Los campos de Idlewild Hall están a solo diez minutos si se va por el bosque. Tuvo tiempo más que de sobra.

Al otro lado de la línea, Jamie respiró con fuerza. Ya llevaban un año juntos, cosa sorprendente. Sabía que él era capaz de decir algo diferente a las típicas palabras vacías: «No importa. Eso no te la va a devolver. Él está en la cárcel. Todo ocurrió hace veinte años, tienes que pasar página». Y, claro, no fue eso lo que Jaime le dijo.

—La carretera de Old Barrons no era igual en 1994. El antiguo autocine todavía estaba abierto, en el lado este de la carretera. En los noventa, ya no iba mucha gente, pero los jóvenes se solían reunir allí, sobre todo cerca de Halloween.

Fiona se mordió la lengua para no contestarle. Jamie tenía razón. Se dio la vuelta y miró a la oscuridad, hacia donde había estado el autocine, ahora completamente abandonado. Hacía tiempo que la enorme pantalla había desaparecido; también habían demolido el grasiento puesto de palomitas. En su lugar, un claro entre los árboles, sucio y lleno de restos. Un lugar donde los arbustos crecían sin control. Recordó que, de niña, les había rogado a sus padres multitud de veces que las llevaran a Deb y a ella al autocine. En aquella época, se le antojaba una experiencia emocionante, una maravilla para los sentidos. Pronto averiguó que era absurdo. Sus padres

eran una pareja de intelectuales. Se plantearían tan en serio acercarlas a ver *Superdetective en Hollywood II* como llevarlas a dar un paseíto por la Luna. Deb, que era tres años mayor que ella y mucho más sabia y práctica, se limitaba a menear la cabeza y a encogerse de hombros al ver la decepción de Fiona: «¿Qué esperabas?».

—No creo que un jueves de noviembre hubiera muchos chicos en el autocine —se limitó a decir.

—Pero sí que habría. Muchos o pocos, pero habría —replicó Jamie, utilizando la lógica sencilla de alguien cuya vida no se hizo añicos—. Y ninguno de ellos recordó haber visto el automóvil de Christopher. Todo eso consta en la investigación.

Fiona sintió una punzada de cansancio detrás de los ojos. Aun así, dentro de ella había una energía que la empujaba a seguir en movimiento. Se dio la vuelta y empezó a alejarse de la colina y de las luces de la gasolinera. Se introdujo en la zona oscura que había frente a su automóvil, al otro lado de la carretera de Old Barrons.

—Ya sé que piensas que lo investigaron todo —contestó, de forma más áspera de lo que había querido—. Eres policía. Tu obligación es creerlo. En tu mundo, cuando una chica es asesinada, intervienen las mentes detectivescas más agudas de Vermont, se aplican para resolver el caso y meten entre rejas a los malos.

Frustrada, pateó la grava del otro arcén. El viento frío traspasó la tela de los *jeans*. Se subió el cuello de la cazadora para mitigar un temblor, a pesar de las varias capas de ropa que llevaba encima.

Como casi siempre, Jamie no reaccionó a su provocación: esa era una de las cosas de él que le volvían loca.

—Fiona, sé que se investigaron todas las posibilidades porque he estudiado el expediente hasta el último detalle. Más de una vez. Exactamente igual que tú. Y pese a que hacer eso contraviene todas las reglas de mi trabajo. Está todo en el expediente. Absolutamente todo, negro sobre blanco.

—No era tu hermana —dijo Fiona.

Se quedó callado un momento, como asimilando lo que le acababa de decir.

—Tim Christopher fue acusado —afirmó—. Lo imputaron y lo juzgaron por el asesinato de Deb. Ha pasado veinte años en una cárcel de máxima seguridad. Sin embargo, ahí estás tú: en la carretera de Old Barrons a las tres de la mañana.



Cuanto más caminaba, más oscuridad se cernía a su alrededor. Además, cada vez hacía más frío. Una burbuja de aire frío la obligó a encogerse más entre la ropa. Notaba la nariz como un témpano.

—Necesito estar segura de que fue él quien lo hizo.

En 1994, su hermana, que entonces solo tenía veinte años, había sido estrangulada y abandonada en medio del antiguo campo de deportes de Idlewild Hall. Su cadáver apareció de lado, con las rodillas dobladas en posición fetal y con los ojos abiertos. La blusa y el sujetador estaban completamente rasgados, junto al cuerpo. La última vez que la vieron fue en su colegio mayor, a cincuenta kilómetros de allí. Su novio, Tim Christopher, había pasado veinte años en la cárcel como autor del crimen. Desde el primer momento, se declaró inocente. Todavía insistía en que él no lo había hecho.

Fiona tenía diecisiete años. Ni siquiera quería pensar en cómo el asesinato había destrozado a su familia ni en cómo había afectado a su vida. Era más sencillo quedarse al otro lado de la carretera y pensar obsesivamente en cómo Christopher se había librado del cuerpo de su hermana. Era algo que no había llegado a aclararse. No se habían encontrado huellas de pisadas, ni en el bosque ni en los campos de deporte. Tampoco había restos de neumáticos en el arcén de la carretera. La finca de Idlewild estaba rodeada por una valla, pero muy vieja y completamente deteriorada desde hacía décadas. Podía haberla atravesado por cualquiera de los muchos huecos que tenía. Eso si se daba por hecho que hubiera ido por ese camino.

Jamie tenía razón. Pero su lógica de policía no concordaba con la de ella, que era periodista. Aquel detalle la sacaba de quicio. Era algo que hurtaba en sus heridas y las dejaba en carne viva, cuando los demás ya habían vendado y habían curado las suyas hacía mucho tiempo. Quizá podría buscar una muleta, fuera la que fuese: ¿el alcohol?, ¿las drogas? Entonces, como había sucedido con los demás, empezaría a renquear: hacia delante. Pero no. Ahí estaba, estremeciéndose y mirando fijamente los árboles del bosque, aunque con el pensamiento muy lejos: «¿Cómo diablos pudo cargar con ella sin dejar ninguna huella?».

Todavía tenía el teléfono en la oreja. Podía escuchar a Jamie, esperando al otro lado de la línea.

—¿Te molesto?

—¡No! —protestó él.

—Pues me da esa impresión..., por cómo respiras.

—¿Lo dices en serio?

—Creo que...

De repente, unos pasos detrás de ella la dejaron helada.

—¿Fiona? —preguntó Jamie, alarmado, como si a través del teléfono hubiera escuchado lo mismo que ella.

—¡*Shh!* —susurró ella, apretando instintivamente los labios.

Se quedó quieta e inclinó la cabeza. La oscuridad era casi completa. Idlewild Hall, el antiguo internado de chicas, había cerrado en 1979, mucho antes de la muerte de Deb. Aquel lugar había sido abandonado: las verjas, los campos... No había ninguna luz al final de la carretera que terminaba en las verjas de hierro herrumbroso de aquella antigua escuela. Apenas se oía el silbido del viento entre los árboles.

Se volvió despacio, girando sobre los talones. Lo había oído: una pisada en la grava. Si algún peligro la acechaba en el bosque, no tendría ningún arma con que poder defenderse. Tendría que limitarse a gritar para que Jamie la oyese por el teléfono y esperar a ver qué ocurría.

Observó la oscuridad con los ojos entrecerrados y escuchó el silencio. Solo llegaba a ver el brillo de las últimas hojas que aún quedaban, moribundas, en las oscuras ramas.

—¿Qué cojones pasa? —ladró Jamie. Nunca decía palabrotas, salvo cuando estaba asustado.

—¡*Shh!* —susurró ella de nuevo—. No hay nadie, no es nada. Me pareció oír algo. Eso es todo.

—¿De verdad tengo que decirte que no te metas en una carretera abandonada y oscura, y menos en mitad de la noche? —le soltó.

—¿Nunca has pensado que podría haber algún peligro, algo extraño, en la carretera de Old Barrons? —preguntó—. Si has estado alguna vez aquí... La verdad es que es un sitio extraño, casi siniestro. Es como si hubiera algo...

—¡Bueno, ya está bien! —estalló Jamie—. Sube otra vez al automóvil y vuelve a casa, si no quieres que vaya a buscarte.

—Bien, de acuerdo, ya voy.

Le temblaban las manos, también la que se le había quedado helada de sujetar el teléfono. Además, todavía sentía un estremecimiento en la espina dorsal: la descarga de adrenalina. «He oído un paso. Ha sido real, estoy segura». Desde donde estaba, no se alcanzaba a ver la colina. Tuvo ganas de contemplar las acogedoras luces fluorescentes de la estación de servicio. Dio un paso y, de repente, reparó en una cosa. Se detuvo y se dio la vuelta otra vez para mirar la verja de Idlewild Hall.

—Espero que lo que oigo sean tus pasos acercándote al automóvil —dijo Jamie en tono amenazador.

—Hay un cartel —dijo Fiona—. Acabo de verlo. Está en una de las verjas. Antes no estaba.

Se acercó lo suficiente como para leer lo que ponía:

OTRO PROYECTO DE MACMILLAN  
CONSTRUCTION, LTD.

—Jamie, ¿por qué hay un cartel que dice que en Idlewild va a haber obras?

—Porque las va a haber —respondió él—. Me enteré la semana pasada. La propiedad se vendió hace dos años. El nuevo dueño tiene algún proyecto. Por lo que he oído, va a restaurar el edificio.

—¿Restaurarlo? —Fiona pestañeó para ver mejor el cartel y descubrir un nuevo detalle—. ¿Para qué?

—Para hacer una nueva escuela. Lo van a arreglar y a renovar para construir otro internado.

—¿Qué van a hacer qué?

—No quería contártelo, Fee. Sé lo que ese sitio significa para ti.

Fiona dio un paso atrás, sin dejar de mirar el cartel. «Restaurar». Volvería a haber niñas jugando donde había yacido el cuerpo de Deb. Posiblemente, construyeran edificios nuevos, derribarían los antiguos, harían un gran aparcamiento y quizás hasta ensancharían la carretera. Toda la zona, que había permanecido igual durante veinte años y que ella conocía tan bien, aquel lugar donde Deb había muerto, desaparecería para siempre.

—¡Maldita sea! —dijo mientras se volvía para acercarse al automóvil—. Te llamaré mañana. Me voy a casa.